



El Principito

Antoine Saint Exupery

6

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

XIII. Los medios y los fines

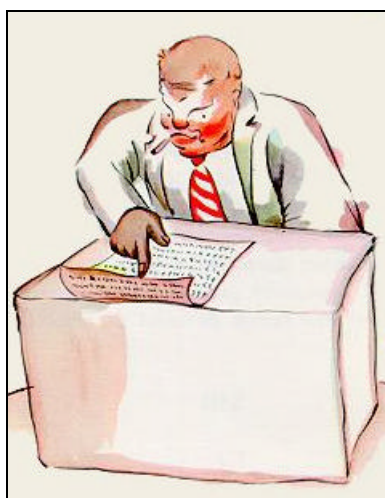
Resumen. El cuarto fue el planeta del hombre de negocios. Estaba tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza cuando llegó el Principito.

Su cigarro estaba apagado porque no tenía tiempo para volver a encenderlo: estaba enfrascado en sus números. Calculaba cantidades, pero sin saber de qué. Para el hombre de negocios lo importante es poseer, no lo poseído. El Principito consigue averiguar que se trata de estrellas: el hombre de negocios posee millones de estrellas. Poseer es ser rico, gracias a eso puede comprar otras estrellas. El Principito no entiende para qué sirve poseer estrellas. Si se posee un foulard, se puede poner al cuello. El Principito posee una flor y tres volcanes, y es útil a sus volcanes y a su flor que el Principito los posea. Pero el hombre de negocios no es útil a las estrellas.

El Principito continuó su viaje pensando que las personas mayores son totalmente extraordinarias.

El Principito continuó su viaje pensando que las personas mayores son totalmente extraordinarias.

Comentario. Prosigue el viaje del Principito. Los tres personajes que va a visitar a partir de ahora (el hombre de negocios, el farolero y el geógrafo) tienen en común el hecho de ocuparse de algo distinto de ellos mismos, frente a lo que ocurría con el rey, el vanidoso y el bebedor. El hombre de negocios se ocupa de la adquisición y administración de riqueza, el farolero de la realización



de un trabajo y el geógrafo de la conquista del saber sobre el mundo.

El hombre de negocios trabaja con ahínco. No es un holgazán: está ocupado. Su trabajo consiste en hacer el inventario de sus pertenencias, hacer recuentos exactos e incrementar su riqueza.

El problema no consiste en estar ocupado, sino en estarlo en dema-

sía. Séneca denuncia este planteamiento tajantemente: «Mienten -dice- quienes pretenden hacernos creer que el fárrago de los negocios es un obstáculo: fingen ocupaciones, las exageran y ellos mismos se hacen los ocupados. Yo estoy libre, estoy libre y dondequiera me hallo, allí soy dueño de mí. Porque no me entrego a los asuntos, sino que me aplico a ellos y no busco pretextos para perder el tiempo». Por el contrario, nuestro hombre de negocios es un esclavo del trabajo, está absolutamente entregado, no tiene tiempo para otra cosa. Y este modo de enfocar el trabajo le lleva a estar aislado de los demás y de la realidad en general.

Ya hemos dicho que el hombre se constituye en lo que es en función de las relaciones que establece con los demás y con la realidad. Pero él está aislado de los demás: cuando llega el Principito ni siquiera levanta la cabeza de su trabajo. Y está aislado de la realidad: no sabe con precisión qué es eso que posee (las estrellas). De ahí deriva no

solamente el hecho de que esté solo sino que, incluso, se descuida a sí mismo (sabe que debiera hacer ejercicio) y su enfermedad la considera sólo como un impedimento, o una molestia para el trabajo. Es decir, se ha subordinado también él mismo a su trabajo.

El trabajo es el fin para este tipo de hombre. Cualquier cosa que le aparte o disturbe, es malo. Vive para trabajar, no trabaja para vivir. Ha perdido la correcta articulación entre medios y fines.

La incorrecta comprensión de lo que es medio y lo que es fin se plasma también en su concepción de la riqueza. La riqueza, en sentido amplio, consiste en la posesión y disfrute de una serie de bienes materiales. El símbolo de la riqueza es el dinero, que es un medio convencional, fruto del acuerdo: el dinero carece de valor en sí (excepto el del

valor del material con que se ha fabricado, que es un valor insignificante), es algo útil para el intercambio. Su valor es la utilidad, es decir, apunta a otras cosas, que son las que de verdad valen. Por eso, señala Séneca, *neminem pecunia divitem fecit*: el dinero no ha hecho rico a nadie .

Puede ocurrir que se pierda de vista esta función medial del dinero o de la riqueza en general y el hombre entre en una dinámica de

conseguir más y más dinero, de acumular más y más bienes. Entonces el hombre se convierte en siervo de su dinero, de su riqueza, de su trabajo: sirve al dinero, no se sirve de él, no es capaz de gozar, y no se da cuenta de que «ser rico consiste más en el disfrute que en la posesión» : no se trata de tener los medios, sino de usarlos y gozar con su uso. Por eso, «donde los bienes se encuentran en mayor número, se ofrecen al hombre más oportunidades de engañarse sobre la naturaleza de sus alegrías, porque pareciera, en efecto, que vinieran de las cosas, cuando en realidad sólo provienen del sentido que tienen las cosas en tal imperio, o tal morada, o tal dominio. Entonces, en la prospe-

ridad es donde se puede dar más fácilmente que se cieguen y corran más a menudo tras las riquezas vanas» .

De modo que este equivocado planteamiento del orden de los medios y los fines provoca que las riquezas (que de suyo son buenas, medios adecuados y convenientes), perjudican al hombre, es decir, dejan de serle útiles. Por el contrario, si se establece adecuadamente tal relación, la utilidad es recíproca: es utilidad para el poseedor y para la cosa poseída, ambos se benefician. El Principito dice que el hombre de negocios no reporta ninguna utilidad a las estrellas, a las cosas por él poseídas. Por el contrario, si poseo una flor, una casa, ... es bueno para mí, me son útiles, pero también es bueno para la flor, para la casa, porque las cuida-

«Obra de tal modo que uses lo humano tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro siempre a la vez como fin, nunca meramente como medio»

En definitiva, en este capítulo se señala el peligro de dejarse engañar, de no ver lo que es medio y lo que es fin. Explica cómo la adecuada articulación medios-fines es beneficiosa en todos los sentidos, porque hace justicia a las cosas: las trata como lo que son. Por último, indica que lo esencial no entra en el ámbito de los medios y los fines: es siempre fin, nunca medio, nunca comercializable, por eso, la sabiduría

del zorro dirá más adelante que este tipo de hombres no tienen amigos: «como no existen mercados de amigos, los hombres ya no tienen amigos» .

Con una formulación filosófica lo señala Kant al hilo de la exposición del célebre imperativo categórico: «obra de tal modo que uses lo humano tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro siempre a la vez como fin, nunca meramente como medio» . El hombre es fin, no puede, sin rebajar su dignidad, entregar su vida y su libertad al trabajo, al dinero, al placer, etc. Por el contrario, ha de servirse de ellos para apuntalar su señorío, su dignidad de ser racional y moral.

XIV. Persona e institución

Resumen. El quinto planeta era muy pequeño. Sólo había sitio para un farol y un farolero. Por eso parece absurdo y carente de utilidad. El farolero trabaja incesantemente por respeto a la consigna que establece que hay que encender el farol por la noche y apagarlo por la mañana.

La consigna, dice el farolero, era razonable en otro tiempo. Pero el planeta fue girando cada vez con mayor rapidez. En la actualidad da una vuelta por minuto y, por eso, hay que encender y apagar el farol una vez al minuto.

Se puede ser a la vez fiel y perezoso. De hecho, el Principito le propone un medio de hacer más llevadero el trabajo, pero al farolero lo que le gusta es dormir.

Este es, respecto a los personajes de planetas precedentes, el único que se ocupa de algo distinto de sí, el único al que el Principito podría haber hecho amigo suyo, pero su planeta es tan pequeño que no hay sitio para dos.

Comentario. Este planeta tiene sentido ya que el farolero se ocupa de otra cosa, de algo distinto de sí mismo. Desde este punto de vista, el farolero representa una mejora respecto a los modos de ser con los que el Principito se ha topado hasta el momento.

El farolero tiene un farol del que se ocupa siguiendo unas reglas precisas, explicitadas en la consigna. La



consigna guía la acción del farolero. La consigna supone una finalidad, se trata de una prescripción con vistas a conseguir algo: la consigna del cuerpo de guardia de un cuartel tiende a garantizar la seguridad, la consigna del farolero se orienta a dar luz cuando el sol se ha puesto, y así sucesivamente. La consigna tiene una finalidad, un para qué.

También se requiere que haya alguien que obedezca la consigna, que le sea fiel: los soldados del puesto de guardia no pueden descuidarse, el farolero no puede dejarse llevar por su deseo de dormir.

Por último, y es en lo que quisiera poner el acento, la consigna supone la integración en un contexto más amplio: el ejército, la vecindad o el navegante a quienes ilumina el farol, etc. En definitiva, remite a una relación entre personas e instituciones.

Las personas necesitan reunirse en instituciones. Institución es el estado, pero es también la familia. De hecho, formamos parte de instituciones. Y las instituciones promulgan leyes, normas, que obligan a las personas a obrar de unos modos determinados. Norma es la ley que obliga a detenerse ante un semáforo en rojo, tanto como la necesidad de respetar la hora de comer en casa. Son normas de distinto rango, pero normas.

Las normas encauzan la acción humana. Pero, recordémoslo, la encauzan en una determinada dirección, con una finalidad. La norma tiene sentido porque se

orienta a la consecución de un objetivo, la norma no tiene sentido en sí misma.

La institución tiene sentido porque dirige a los hombres a un objetivo. La institución es medio. Toda institución es medio que usa de sus normas para lo único que es fin: la persona. Con palabras de Saint-Exupéry: «No he empleado a los hombres en servicio del imperio. Sino que el imperio me ha servido para fundar los hombres». Incluso una religión, cualquier religión, tiene como fin la salvación de los hombres: son las personas el fin y la religión el camino, el medio. De modo que los preceptos religiosos, como cualquier norma de cualquier otra institución, tienen sentido en cuanto que promueven la madurez de sus fieles.

Este modo de articular lo individual y lo institucional es el modo óptimo. Quizá no se dé, o se dé poco.

Pero coincido con Saint-Exupéry en que

«el más perfecto debe ser erigido como ejemplo. Eliges como pedestal la mejor estatua del mejor escultor. Lees a los niños los mejores poemas. Deseas reina a la más bella. Porque la perfección es una dirección que conviene mostrar, aunque esté fuera de tu poder alcanzarla».

Los hombres se integran en instituciones y el ideal es que éstas estén pensadas para conseguir que sus miembros sean mejores. El fin es la persona, el medio la institución. De modo que las personas, siguiendo las orientaciones de las instituciones en las que están integrados, mejorarán como personas, se sentirán respaldados, acogidos, etc.

Sin embargo, caben varios modos de deteriorar este modo de relación persona-institución. Simplificando, la relación puede malograrse bien por fallo del individuo (se puede ser fiel y perezoso), bien por defecto de la institución (la consigna "antes era razonable, pero no ha cambiado" cuando debiera haberlo hecho).

Al margen del imperfecto o correcto funcionamien-

to de la institución de que se trate, el individuo puede desaprovechar las virtualidades que ésta posee, puede no obtener beneficio. Ocurre que la institución encauza mediante las normas el modo en que las personas deben guiar su acción. Y esto es bastante más cómodo que tener que decidir qué debo hacer. La cuestión es antigua. En un célebre texto de Kant se alude a ello: «Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia moral, un médico que juzga acerca de mi dieta, y así sucesivamente, no necesitaré del propio esfuerzo. Con sólo poder pagar, no tengo necesidad de pensar: otro tomará mi puesto en tan fastidiosa tarea».

Pereza, dice Saint-Exupéry; pereza y cobardía, precisa Kant. El farolero (fiel pero perezoso) es consciente de que la consigna ya no es razonable, pero no pretende cambiar nada. Su objetivo no es mejorar la

consigna (la institución), ni dar un servicio (ser útil). Por eso, no puede aceptar el

consejo del Principito. Su objetivo, lo que anhela, es dormir. Por eso,

en Kant se indica que esa pereza y cobardía son culpables.

O, más precisamente, que la situación en que se encuentra el perezoso y cobarde, es una situación de la cual él mismo es culpable.

El farolero es el tipo de hombre que está en una institución porque

es imposible no estar en ninguna,

pero los fines de la institución (la mejora del hombre en el ámbito a que tal institución

se refiere) no le motivan, no le mueven. Está ahí. Se deja llevar. Renuncia a pensar su propia vida, a vitalizar su acción, a estar siempre abierto, se verá arrastrado por el peso muerto de instituciones diversas sin vivir sus alegrías ni preocuparse con las dificultades.

Incluso es posible que la norma sea correcta y, por eso mismo, la acción sea materialmente buena. Pero el modo de realizar esa acción impide que el hombre mejore con ella. Y este, no lo olvidemos, es el fin de la acción, y el fin de la institución: la mejora del hombre que obra. No la obra bien hecha, no la norma respetada, no la institución pujante: la persona y sólo la persona es el objetivo. Todo lo demás debe ser

«El farolero (fiel pero perezoso) es consciente de que la consigna ya no es razonable, pero no pretende cambiar nada»

protegido, potenciado, etc. sólo en la medida en que contribuya al mejoramiento de la persona. En términos técnicos, se trata de la cuestión de la autonomía frente a la heteronomía moral.

Los ejemplos son multitud. El hijo que está en la familia (porque la familia tiene una dimensión institucional) pero que considera su casa como una pensión, o el alumno que está matriculado en un centro pero que eso que se enseña allí no le dice nada, o el que pertenece a una asociación deportiva o política de la que sólo se acuerda cuando hay que satisfacer la cuota (que mantiene por inercia: pereza).

Ahí la persona se ha desentendido de los fines de la institución y, por eso, se excluye de los beneficios que ésta le proporciona, aunque tampoco le inquietan las dificultades. Podría parecer que esa es una buena situación. No lo es. En primer lugar, sigue sometido a las normas de la institución en la que se encuentra. Pero las normas le resultan externas, molestas (el farolero que desempeña un trabajo agotador). En segundo término, tanto el disfrutar de las alegrías como entristecerse con las penas es signo de que se ama algo. Y amar es bueno para el hombre.

Pero el fallo también puede estar en la institución. En principio toda institución nace para la ayuda y promoción de sus miembros. Nace de la vida, de la fuerza vital para encauzar ese dinamismo. Toda institución está animada por una finalidad. Esa finalidad es el sentido de la institución, lo que hace que esté viva: su espíritu. El fenómeno institucional es, por tanto, una plasmación de esa dimensión esencial del hombre que los griegos llamaron política. La institución es natural para el hombre. Sin instituciones, el hombre sería un animal.

Sin embargo, en cuanto que la institución genera una serie de normas, la institución puede entrar en conflicto con el individuo. La institución es, en principio, conservadora. La persona puede ser innovadora: ahí está anunciado el conflicto ya que puede ocurrir

y ocurre que la situación para la cual se ha pensado una norma cambie. Si la situación cambia y la norma permanece, entonces la norma no es adecuada y la institución aparece como obsoleta. La institución se presenta entonces como falta de sentido: no natural, sino artificial, como un conjunto de normas asfixiantes que ahogan la vida e impiden la libre expresión del individuo. Ahí el conflicto entre persona e institución.

Y la situación es grave ya que cuando una institución se encuentra en esa situación está impidiendo el desarrollo del individuo, dificulta su madurez personal o, en otros términos, la institución está impidiendo la consecución del objetivo para el que existe. La institución se niega a sí misma o, en otros términos, las normas ahogan el espíritu. Por eso, si no ocurre algo, lo lógico es que la institución se extinga o se paralice, quede como un quiste aislado del resto de la sociedad a la que verá como distinta y distante y a la que pensará como potencial agresora.

También puede ocurrir que la institución se flexibilice, entonces seguirá siendo útil. Esto sólo es posible cuando la institución no pierde de vista su función de medio y permanece atenta a las nuevas circunstancias que hace que sus miembros tengan nuevas necesidades para cumplir el mismo fin.

Dada la dinámica propia de las instituciones, esto es difícil. Pero es posible. Una institución puede mantener su dinamismo, su vitalidad si escucha a los miembros vivos que la integran, si está abierta a la crítica constructiva, si reconoce su vocación de servicio, si no confunde el orden de los fines con el de los medios, si es capaz de conseguir que sus miembros se ilusionen con los fines, crezcan hasta conseguir (las personas, no las instituciones) hacerse grandes. El constructor del imperio (institución), lo expresa con precisión cuando afirma: «no sacrifico los hombres al imperio. Sino que fundo el imperio para que los hombres se llenen de él y él los anime: el hombre para mí es más importante que el imperio».

*«Tanto
el disfrutar de las
alegrías como entristecerse
con las penas es signo de que
se ama algo. Y amar es
bueno para el hombre»*

XV. Sabiduría, vida y sabiduría de la vida

Resumen. Era un planeta diez veces más vasto, majestuoso. Estaba habitado por un geógrafo. Sin embargo, este sabio no sabía si en su planeta había océanos, montañas o desiertos. Él era geógrafo, no explorador. El geógrafo recibe los exploradores y los interroga. Si encuentra algo de interés en su relato, entonces se informa



sobre su moralidad ya que un explorador que mienta o sea un borracho induciría a error. Luego se exige al explorador que aporte pruebas de su descubrimiento.

El geógrafo cayó en la cuenta de que el Principito venía de lejos y le podría proporcionar información. El Principito habla de sus volcanes y de su flor. La geografía se ocupa de cosas eternas. Por eso, el geógrafo anota los volcanes. Pero no la flor, ya que es efímera, es decir, "amenazada de una pronta extinción". El Principito sintió miedo por su flor.

El geógrafo le recomendó visitar la Tierra: un planeta con buena reputación.

Comentario. El planeta del geógrafo representa el mundo del saber. Se trata de un mundo majestuoso, fascinante. El Principito se refiere elogiosamente a este personaje: tiene un auténtico oficio. Incluso, cuando se despide, no lo hace con el tan repetido "qué raras son las personas mayores", y

sigue el consejo de visitar la Tierra.

El geógrafo es símbolo del saber. Pero del saber tal como es concebido en Europa desde hace unos tres siglos. Se trata de un saber que delimita con precisión su método y objeto (océanos, mares, montañas: lo perenne frente a lo efímero). Su método pretende garantizar

la objetividad, eliminando la desviación que la subjetividad pueda introducir (de ahí la averiguación relativa a la moralidad del explorador), proporcionando las pruebas que permitan ratificar los datos aducidos. Con algunos matices que no son del caso, el texto representa una buena síntesis del método experimental moderno.

Este modo de trabajar ha producido enormes beneficios para la humanidad. Eso no se discute. Este capítulo remite no a los logros de la ciencia y la técnica modernas, sino a sus límites. Concretamente a algo que se echa en falta: el geógrafo -un experto en océanos, montañas, etc.- no sabe si en su planeta hay océanos, montañas, etc. El progreso de los últimos siglos es espectacular, pero en ese avance algo ha quedado atrás. Saint-Exupéry se refiere a esta idea insistentemente: «¿No comprendéis que nos hemos equivocado de ruta en algún punto? El hormiguero humano es más rico que antes, disponemos de más bienes y placeres, y sin embargo nos falta algo esencial que

nos resulta difícil definir. Nos sentimos menos hombres; porque hemos perdido misteriosas prerrogativas» .

La idea expresada por Saint-Exupéry es compartida por buena parte de los pensadores actuales. Podría sintetizarse diciendo que el saber obtenido con la razón, de nada sirve para la vida. La ciencia, la razón captan conceptos, generalidades, abstracciones; algo que poco o nada tiene que ver con la vida, con lo concreto, lo particular. De un modo radical se expresa en Ciudadela: «- ¡Imbéciles! -les dijo- ¡Ganado castrado! Historiadores, lógicos y críticos sois el gusano de los muertos y jamás cogereis nada de la vida.» . O, por referirnos al geógrafo: la ciencia capta lo eterno, lo que no cambia; pero no se interesa por lo efímero, la flor, que cambia porque está viva.

Hemos perdido "misteriosas prerrogativas", falta algo, algo esencial que ni siquiera somos capaces de definir. Los efectos del problema son demasiado evidentes.

Por doquier hay una conciencia de crisis en la cultura contemporánea. Si lo que diferencia al hombre es su razón y el momento de la historia de la humanidad en el que los logros de la razón han alcanzado su máximo esplendor coincide con una desorientación existencial quizá sin precedentes, entonces es que "nos hemos equivocado de ruta". Tenemos la idea de que la sabiduría no garantiza la felicidad. Y queremos ser felices. Si el sabio no es feliz, entonces ¿qué sabe? Si no sabe sobre lo que realmente importa, entonces nada importa lo que sabe. Su saber se refiere a objetos. Nada sabe de la felicidad: eso es una cuestión de la que hablan los poetas, de la que discuten los filósofos, pero sobre la que nada, realmente nada, podemos saber. Huxley describe en su célebre "Un mundo feliz" el intento de conseguir la felicidad aprovechando este saber. La consecuencia es la destrucción de la persona y, una vez más, la conclusión que se obtiene es que la sabiduría no da la felicidad.

Me parece que la situación de crisis en que nos encontramos tiene su origen en la identificación

moderna entre razón y razón científica; es decir, se está siempre suponiendo que lo racional es lo científico, lo que procede según los peculiares parámetros de esta modalidad de saber. Y lo que queda fuera, no es racional. Si no es racional, entonces pertenecerá al ámbito de la afectividad, o de la creencia, de la voluntariedad, etc. Pero todo esto queda declarado por definición como irracional. De manera que lo vital, mis aspiraciones como ser humano, mis gustos, mis creencias, etc. quedan excluidas del ámbito de la seriedad: son pampalinas.

En este contexto no extraña que haya un cierto desencanto, cuando no recelo o incluso temor ante lo que pueda traernos este progreso.

El problema estriba por tanto en la concepción de la razón que se ha denominado razón ilustrada que es una razón fría, calculadora, argumentativa,... Pero si bien es cierto que ese es un modo de usar la razón, hay otros. Tan racionales como el científico, pero que funcionan de modo distinto.

Espero que lo que llevamos dicho hasta aquí en este libro sea sensato, racional. Pero no está escrito según el método científico. No hemos tratado de ciencia, pero hemos hablado de un modo riguroso, de cuestiones importantes.

El reductivismo al que nos referimos capítulos atrás se manifiesta en considerar que la ciencia es lo racional y "nada más". Hay que caer en la cuenta de que la ciencia es racional, pero la razón es infinita: hay mucho más.

Estoy refiriéndome a la idea de que aunque la razón es única, es susceptible de múltiples usos y funciones. Pienso que aquí sólo procede referirme a ella, pero no es el lugar para llevar a cabo un desarrollo técnico . Tan racional es la actividad del científico en su laboratorio como la del agricultor que piensa si conviene plantar patatas o tomates. Seguramente el científico será más preciso, más exacto; también porque el científico tiene que trabajar con menos variables (y la mayoría de ellas

«Historiadores, lógicos y críticos sois el gusano de los muertos y jamás cogereis nada de la vida»

Lo esencial es invisible a los ojos

bajo control experimental). La tarea del agricultor es más complicada: no sólo influye la mayor o menor adecuación del terreno para tal cultivo (que es algo de lo que el científico podría informarle), sino también la temperatura que hará en los meses que tarde en madurar, la ganancia que obtendrá en el mercado,... En definitiva, el agricultor está influido por todas las variables que ejercen su influjo en la realidad: es más difícil. Pero hay un saber sobre este asunto. Y ese saber es algo racional, pero no científico.

Tras la conciencia de crisis se ha rechazado la razón y se ha intentado poner en su lugar otras instancias operativas humanas: la voluntad como impulso (Nietzsche, Freud) o la sensibilidad. Pero eso, no sólo no resuelve el problema, sino que es fuente de nuevos problemas. La solución a los problemas generados por la concepción ilustrada de la razón no consis-

te en declarar que la razón no es adecuada para pensar la vida.

Pienso con buena parte de la tradición filosófica reciente que una tarea urgente de nuestra cultura es recuperar el sentido original del saber. En otras tradiciones culturales y en la nuestra hasta hace unos siglos, es impensable decir que alguien es sabio si no sabe ante todo lo más importante: de la vida. Saber es saber vivir, ser capaz de dirigir la propia vida de manera que sea una "vida buena": "eudaimonía" la llamaron los griegos. Saber es también ser capaz de planificar y construir edificios, y sacar adelante una familia, y tener conocimientos de geometría, y tantas otras cosas. Pero si puede haber sabios que nada sepan de geometría, no es sabio quien sabe de geometría pero no es

capaz de disfrutar de las alegrías de una "vida buena" conseguida como fruto de su buen hacer.

